

Toda
una vida
al filo de
lo imposible

MIS MONTAÑAS

Sebastián Álvaro



ANAYA
TOURING

Toda
una vida
al filo de
lo imposible

MIS MONTAÑAS

Sebastián Álvaro

ANAYA
TOURING



*Los lugares donde no se ha amado ni se ha sufrido
no dejan en nosotros ningún recuerdo.*

Pierre Loti

*No dejaremos de explorar. Y el fin de toda
exploración será el de llegar al lugar donde partimos.
Y conocer ese lugar como por vez primera.*

T. S. Eliot

A Carmen, principio y fin de todo.

UNAS CLAVES A MODO DE INTRODUCCIÓN

9

LA MONTAÑA ESCONDIDA

Hidden Peak (8.068 m)

Karakórum. Pakistán

23

LA PASIÓN ROMÁNTICA

Mont Blanc (4.807 m)

Los Alpes. Francia e Italia

37

EL LUGAR DONDE HAS SIDO FELIZ

Peñalara (2.429 m)

Sierra de Guadarrama. España

53

LA GRAN MONTAÑA

K2 (8.611 m)

Karakórum. Pakistán

65

EL VELO DE LA NOVIA

El Chogolisa (7.654 m)

Karakórum. Pakistán

81

LA MONTAÑA SOÑADA

Naranjo de Bulnes (2.519 m)

Picos de Europa. España

99

MONTAÑAS DEL CONFÍN DE LA TIERRA

Monte Vinson (4.897 m), monte Jaca (3.540 m), monte Scott (832 m),
monte Mill (734 m), monte Shackleton (1.465 m) y monte Wandell (980 m)

Antártida

115

BÁJAME UNA ESTRELLA

Monte Perdido (3.355 m)

Pirineos. España

133

EN EL AIRE LEVE

Everest (8.848 m)

Himalaya, Nepal y China

149

LA MONTAÑA EN UN MAR DE ARENA

Monte Uweinat (1.934 m)

Gran Mar de Arena. Egipto, Libia y Sudán

171

LAS MONTAÑAS DE LA LUNA

Pico Margarita (5.109 m)

Macizo del Ruwenzori. Uganda

191

LAS MONTAÑAS MÁS BONITAS DEL MUNDO

Cerro Torre (3.121 m) y Gasherbrum IV (7.925 m)

Andes. Argentina y Chile / Karakórum. China y Pakistán

211

EL NAVEGANTE OLVIDADO

Cerro Ladrillero (1.665 m)

Patagonia. Chile

233

LAS MONTAÑAS DEL OCÉANO

Monte Paget (2.934 m), monte Regulator (724 m)

y travesía de Shackleton

Archipiélago de Georgias del Sur

249

EL JARDÍN DE LAS AUSENCIAS

La aguja verde (4.122 m)

Alpes. Francia

271





UNAS CLAVES A MODO DE INTRODUCCIÓN

Cuatro alpinistas
en el glaciar de Baltoro
se dirigen a la vertiente
sur del K2.

Creo que fue Miguel Delibes el que dijo que el oficio del escritor es contar historias de paisajes, personas y pasiones. Y echando la vista atrás me doy cuenta de que, consciente o inconscientemente, es lo que he estado haciendo toda la vida, como escritor, periodista y documentalista. Si tuviera que concretar más, diría que mi vida ha estado ligada a paisajes de montaña.

Más difícil me resulta explicar qué razones me mueven para seguir escalando montañas. Me sucede lo mismo con las personas, cuando estoy delante de ellas solo puedo seguir el mandato del corazón. Muchas veces fui a las montañas para alejarme del mundanal ruido y poner distancia con esta sociedad que hace tiempo que perdió el rumbo, la sensatez, la compasión, la empatía y la mirada generosa con los que más lo necesitan; así como la valentía y el honroso y noble deseo de ser mejores. Otras veces, en momentos tristes o malos, las montañas me brindaron cobijo cuando no había nada ni nadie que calmase mi

desconsuelo, más que a perderme fui a encontrarme y me acogieron como un hijo pródigo o un amante solícito. Es difícil explicar mis sentimientos, pero es fácil describir esos lugares al margen del ser humano, donde todo se vuelve primigenio y desmesurado: la luz, las distancias, las tormentas y esa amante inoportuna, que se llama soledad, que es la única que nos acompañará toda la vida desde el principio hasta el final. En las montañas encuentro cuanto deseo, allí se acompasa mi corazón, mi cabeza y mi alma latiendo al ritmo de la Tierra. Simplemente es puro amor, no puedo vivir sin ellas.

Este libro es fruto de esa pasión compartida a través de algunas de esas montañas que cambiaron mi vida. Unas, como el K2, el Nanga Parbat o el Everest, las descubrí de adolescente, cuando comencé a escalar y, al mismo tiempo, a leer los relatos de otros alpinistas. Primero las idealicé como un sueño inalcanzable, pero luego, bastante más tarde, las convertí en objetivos de

grandes aventuras, llenas de peligros e incertidumbres. Fue entonces cuando convencí a mis compañeros de que merecía la pena intentar ascenderlas. Sin duda, todas ellas cambiaron la percepción que tenía de las grandes montañas del Karakórum y el Himalaya y, de paso, mi existencia. Y no únicamente por el tiempo pasado en ellas, ya que solo en esos tres ochomiles realizamos catorce expediciones, lo que supone que invertí en ellas más de dos años de mi vida, sin contar el tiempo que me exigía organizar y planificar aventuras de esta envergadura. Más significativas fueron la intensidad y la incertidumbre de todos los días pasados en ellas. Pero, con ser importantes los ochomiles —a los que hemos realizado más de sesenta expediciones y más de trescientos compañeros hicieron cumbre—, ha habido muchas otras montañas de menor altitud que me dejaron tanta huella, o quizás más, pues siguen prendidas en mi corazón.

Así que cuando me propuse escribir un libro sobre algunas de «mis» montañas, lo más complejo fue hacer una selección de ellas, pues he recorrido, conocido, fotografiado, explorado, ascendido o escalado picos de los seis continentes. Y no puedo recordar unas y olvidar otras. Del mismo modo que los amores y afectos que hemos tejido a través del tiempo nos conducen a otros, inevitablemente cada montaña me lleva a otras, como cuando, al intentar sacar unas cerezas de un cesto, unas van enredadas en otras muchas. De la misma forma, este libro es un racimo de recuerdos de montañas del que van colgando emociones y amigos; y también esfuerzo, sacrificios, belleza, soledad, silencios y alegrías. Y alguna profunda tristeza. Aunque en un hermoso verso el poeta británico Robert Browning sentenciase que nunca se logra unir el momento, el lugar y la

persona amada, he tenido la fortuna de llevarle la contraria algunas veces. En todo caso, hay que perseguir esos instantes porque son los que dan sentido a una vida.

Precisamente por ello sigo explorando, escalando y viajando con aquellos viejos —y algunos nuevos— amigos. Aunque, como cuenta Ulises, el héroe de la *Odisea* (a través de la pluma de otro poeta romántico, Alfred Tennyson), las fuerzas hayan disminuido y no sean las mismas que «año removieron cielos y tierra», comparto la idea del héroe griego cuando, ya veterano, afirma que «nunca es tarde para buscar un mundo nuevo» mientras «sigamos siendo lo que somos» y aún perduren, en mi caso, los rescoldos de aquella pasión que alimentó la llama que me llevó a realizar más de 250 expediciones, filmar 350 documentales, escribir decenas de diarios y hacer más de un millón de fotografías. Repasar mis diarios, al tiempo que seleccionaba las imágenes que figuran en estas páginas, ha supuesto una vivificante tarea, pues he vuelto a internarme en recuerdos tan intensos como perturbadores. Espero que los relatos, y las fotografías que los acompañan, les transmitan esos instantes suspendidos en el tiempo, emociones congeladas que nunca he podido olvidar. A veces, mientras escribía estas líneas o buscaba las imágenes, en cualquier momento, de sopetón, regresaban para recordarme lo que fuimos, lo que alcanzamos, lo que somos ahora. Y, como en medio de una tormenta, me zarandean vientos impetuosos de amigos y amores que ya no están; regresan para traerme de vuelta aquel torbellino de juventud rebelde, cuando quisimos cambiar el mundo y nos creímos capaces de todo, cuando nadie pensaba en el futuro porque todo era presente apasionado. Pero el futuro siempre llega, aunque no quieras; excepto para los que tu-

vieron peor suerte y perdieron todo lo que eran y, aún peor, todo lo que podían haber sido. Y aquí están ahora mientras escribo, mirándome a los ojos delante del espejo.

He dedicado tres cuartas partes de mi vida a escalar cientos de montañas de los seis continentes, algunas en los lugares más remotos de la Tierra. Muchas de ellas con amigos, en expediciones muy sacrificadas, difíciles y comprometidas. Pero también he elegido otras en lugares muy cerca de casa, sencillas y accesibles, a las que siempre regreso, como se hace con los buenos amigos, los buenos museos y algunas músicas y películas. A veces solo; otras, con personas que quisieron conocer de mi mano los paisajes que me siguen emocionando, y que ataron desde niño mis pasos y mi alma montañera a monumentos de roca como Peñalara, en el Guadarrama, el monte Perdido, en los Pirineos, el Naranjo, en Picos de Europa, o las escaladas en el dulce abismo de los Mallos de Riglos. Esa es la razón de que figuren en estas páginas, pues nada se puede explicar sin esa primera mirada de la infancia y la adolescen-

cia. De forma consciente, no he querido guiarme por cualquier criterio objetivo, como dificultad o altitud, sino, antes al contrario, por historias que me dejaron una huella indeleble en el alma.

En estas primeras páginas debería señalar que, a pesar de una gran experiencia montañera, todavía me resulta difícil explicar la cuestión de fondo de este libro: el impulso innato del ser humano que le ha llevado a explorar el planeta, y las cercanías del universo próximo, a fuerza de internarse en lo desconocido afrontando peligros sin cuento, pues lo desconocido siempre es misterioso y peligroso. Creo que en esa búsqueda continua reside el sentido de la esencia humana. Menos aún puedo explicar, desde luego, qué nos impulsa a escalar altas montañas o plantearnos otro tipo de retos en la gran naturaleza que, inevitablemente, nos obligarán a asumir grandes riesgos, comprometiendo, incluso, la propia existencia, sin más recompensa que la de experimentar emociones tan profundas que, como dijo Giner de los Ríos, pueden ser casi espirituales. Mi madre, y algunos de mis amigos, nunca enten-



Escalando en
los Mallos de Riglos
y ascendiendo al
monte Perdido.

dieron que, pudiendo trabajar confortablemente en la redacción de los servicios informativos de TVE, lo dejara todo por hacer algo tan incierto y peligroso como realizar documentales de aventura y expediciones a grandes montañas.

Probablemente la respuesta se encuentre grabada a fuego en ese apartado de nuestro código genético que nos ha permitido sobrevivir en un entorno tan inhóspito y duro como era la Tierra de los primeros homínidos. Porque, en definitiva, «solo somos una raza avanzada de monos en un planeta menor», como señaló el físico Stephen Hawking, pero que, al contrario del resto de primates, nunca perdemos nuestra curiosidad y nuestra capacidad de jugar. Subimos montañas porque somos una especie exploradora. Y lo hicimos al principio por una mera cuestión de supervivencia. Luego, en palabras del escritor Apsley Cherry-Garrad, la exploración se convirtió en «la expresión física de una pasión

intelectual». Aunque quizás no todos los individuos de nuestra especie compartan la curiosidad y sientan esa pasión. Pero una parte de nuestros congéneres se atrevieron, desde sus comienzos, a sobrepasar los límites territoriales y mentales que la geografía, las costumbres y los conocimientos de su tiempo les impusieron. La Historia y la Geografía lo cuentan y lo demuestran. Pero jamás encontraremos una respuesta convincente para los escépticos, pues nunca hay garantías de volver de nuestra última escalada. Son experiencias que solo demuestran la singularidad de nuestra especie. Y, en realidad, escribimos libros, hacemos películas y nos reunimos para hablar de nuestra pasión simplemente porque nosotros también buscamos respuestas. Nadie está libre de un accidente por mucha experiencia y fortaleza que se posean. Generaciones enteras de los mejores alpinistas británicos, polacos o españoles se quedaron en las montañas. Yo lo viví en persona.

Escalando
en invierno
el Grand Capucin.



Así que admito que, si solo se tuvieran en cuenta los datos estadísticos, no habría una explicación lógica aceptable. Pero eso supondría olvidar las emociones, y el hecho incontestable de que, en definitiva, somos las personas las que tomamos las decisiones acerca del modo en que vivimos y también sus consecuencias. El romanticismo nos dejó varias adicciones, entre ellas el amor por la libertad, el paisaje y la solidaridad con los más necesitados. Algunos no hemos podido olvidarlo. Así que lo único que puedo hacer es tratar de explicar brevemente el proceso que me llevó a dedicar la vida entera a la aventura, los documentales y las montañas.

Por mucho que pasen los años, jamás olvidaré las primeras caminatas que hice de niño ni el penetrante olor a pino y jara de la sierra de Guadarrama. Tampoco el sudor y el cansancio, y el sonido de la lluvia y el viento restallando sobre la lona de la tienda. Las sensaciones de ese primer contacto con la gran naturaleza nunca se olvidan porque nos provocan miedo, inquietud, asombro y maravilla. Acompasar tu andar, el pensar y el sentir con el ritmo de la Tierra. Aquella primera vez, con nueve años, la sierra del Guadarrama me pareció la cordillera del Himalaya; fue como la primera vez que te enamoras: nunca se olvida. Son sueños ligados a los momentos más felices de la vida. Desde entonces no los he olvidado y siempre que puedo vuelvo a buscarlos. Aunque a veces regrese a Madrid cansado, desgastado o exhausto de alguna expedición al Karakórum o Georgias del Sur, me echo la mochila a la espalda y salgo a buscar al niño que todavía sigue dentro de mí. En Guadarrama descubrí, también por primera vez, mi estatura real en el mundo que nos rodea. La montaña, como el mar o el desierto, te reta y, al mismo tiempo, te invita a

formar parte de ella. Así son también el amor, y la vida. Aquellas emociones primordiales, tan profundas y enternecedoras, no podemos controlarlas ni las podemos olvidar. Y nos cambian para siempre, porque necesitan ser utilizadas y estimuladas permanentemente. Por un lado, nos embriaga la percepción de la belleza que vamos descubriendo mientras caminamos. El asombro, como mantenía Aristóteles, es el origen del saber; y la imaginación y la curiosidad, las mejores demostraciones de la inteligencia. Es también un largo camino de aprendizaje que nunca termina y que nos va recordando aquella primera montaña que nos pareció inaccesible, el atardecer que nos obligó a parar aunque se nos hiciese tarde, la primera vez que pasamos miedo de verdad, el primer vivac con los ojos como faros mirando el universo estrellado...

Y también la inquietante y agradable sensación de aventurarnos en territorios que nos estaban vedados: ese momento en el que se abre una puerta que nunca se cerrará y nos impulsará a buscar nuestros límites y los del planeta en que vivimos. Son aventuras que estarán, a partir de ese momento, ligadas indisolublemente al esfuerzo que cuesta alcanzarlas; también, al descubrimiento de nuestras capacidades y de nuestros miedos y limitaciones. Pero, por encima de cualquier otra emoción, la montaña emana una sensación de libertad que no puede encontrarse en ninguna otra situación ni en ningún otro lugar; quizás, y con excepciones, en algunos desiertos. La razón estriba en que las zonas altas de las montañas son los últimos lugares de nuestro mundo a salvo de la depredación de los seres humanos. Y, por lo que vemos todos los días, no sabemos durante cuánto tiempo, como ejemplifican el intento de llenar de cables y pilonas los mejores valles del Pirineo o

De izquierda
a derecha: ascendiendo
al monte Banck;
navegando por el canal
Lemaire; filmando en 1983
en el Karakórum,
y el Miancimu, una
de las montañas
más bellas
del mundo.

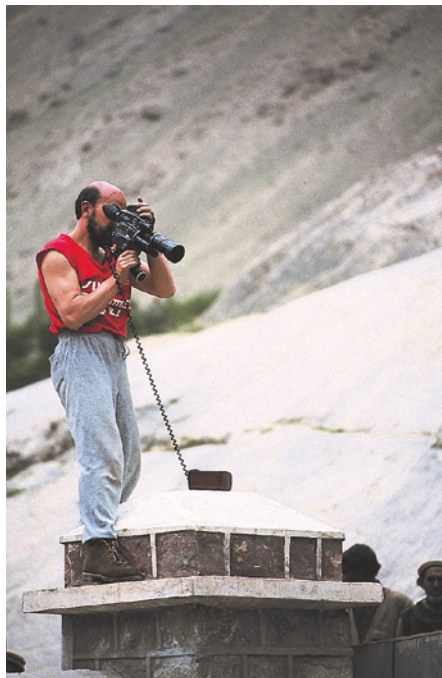


la masificación, en las semanas que anteceden al periodo monzónico, del Everest, convertido en un circo codicioso de vanidades y en el basurero más alto del mundo.

Es muy poco lo que nos queda, así que debemos defenderlo haciendo frente a la codicia y la corrupción, pues nos va en ello nuestra propia existencia. Los espacios montañosos nos recuerdan que este es el único planeta en el que podemos vivir, y que nuestra existencia está ligada indisolublemente a la biosfera, igual que el resto de las especies que habitamos la Tierra. No tenemos otro planeta de reserva. Las montañas nos brindan la última oportunidad de entablar una nueva relación moral con la naturaleza basada en una mayor comprensión de ella y de nosotros mismos. Por eso necesitamos conservar esos templos donde se recluyen la belleza y el silencio. Es el mundo del fin del mundo.

Al menos, esa es mi experiencia personal.

Algún marino, como Hugo Delignieres —el experto capitán que nos llevó en su velero *La Sourire* varias veces a la Antártida, Tierra de Fuego y al archipiélago de Georgias del Sur—, podría argumentar que él ha sentido algo parecido mientras navegaba por los océanos más tormentosos del mundo. Pero uno, menos marino que Hugo y menos africanista que Conrad, siempre ha preferido las montañas y desiertos de Asia a las selvas de África y a los mares tormentosos del sur. Quizás para vencer mis temores, aunque pueda parecer contradictorio, he realizado varias travesías en velero por el mar de Hoces para alcanzar la Antártida; algunas otras, en los canales magallánicos, siguiendo la navegación de Juan Ladrillero en el siglo XVI; aunque las peores, sin duda, fueron las dos que realizamos desde las islas Malvinas para alcanzar la isla de San Pedro en Georgias del Sur.



Esas travesías en velero las cuento entre las experiencias más duras que he vivido. También he cruzado las selvas del Ruwenzori y Kilimanjaro, en África, y la del gran cañón del Yarlung Tsangpó en el Tíbet. Pero esas inquietantes navegaciones y las marchas por oscuras, opresivas, húmedas y chapoteantes selvas las asumí como el duro tributo que debía pagar por acceder a montañas tan hermosas como el Cerro Ladrillero, el Sarmiento, el pico Margarita, el Kilimanjaro, el Gyala Peri o, ya en la Antártida, el monte Scott, el Wandell, Banks, o por seguir en la isla de San Pedro las huellas de Shackleton en los glaciares Murray, Crean o Fortuna. Algunas de esas aventuras las encontrarán en estas páginas. A veces mezcladas con otras en mi cabeza, que ha intentado ordenarlas y dotarlas de sentido y sentimientos. Aunque no descarto que, en realidad, hayan sido las montañas las que han ordenado mi cabeza y mi vida.

Sin ellas nada tendría sentido. Calzarse las botas y dirigir los pasos hacia cualquier montaña, sin ataduras ni restricciones, es uno de los mayores actos de libertad individual a los que puede acceder el ser humano. Y este libro es fruto de esa libertad, ejercida y practicada apasionadamente —siempre con la cámara al hombro— durante muchos años por el mundo. Es decir, fruto de la acción, la reflexión y la experiencia en las montañas. Son retazos de una vida al filo. Por eso son «Mis montañas». Con intención he querido titular este libro así como homenaje a un buen hombre, un gran amigo y el mejor alpinista que he conocido: Walter Bonatti¹.

¹ Uno de los primeros libros de Walter Bonatti es *Le mie montagne*, publicado por la editorial Zanichelli, 1961. [N. del autor.]

Ascensión
del monte Banck,
en la península
antártica.





Estas páginas son, pues, un relato íntimo, necesariamente subjetivo, sobre nuestras andanzas —las mías compartidas con mis mejores amigos— durante más de cuarenta años por algunos de los espacios geográficos más fascinantes que he conocido: las cordilleras más importantes de la Tierra, entre ellas casi todas las que recorren Asia de punta a punta, como el Himalaya, el Karakórum, el Kunlun, el Pamir, el Hindú Kush y el Tien Shan, hasta llegar, en el extremo oriental, al Hengduan, la misteriosa cordillera china donde descubrí, no hace mucho, tres de las montañas más bellas que he contemplado: el Miancimu (6.054 m), el Meili (6.740 m) y el Minya Konka (7.556 m), montañas muy desconocidas para los occidentales pero que merecerían formar parte del selecto grupo de las más hermosas de la Tierra al lado del Gasherbrum IV, el Cerro Torre, el K2, el Cervino, la Torre Muztagh, el Licáncabur, el Laila Peak, el Shívlín, el Namche Barwa IV o las Torres del Trango. El lugar donde se encuentra ese nudo de cordilleras formidables y sin comparación, producto de la brutal colisión de dos placas tectónicas, es la zona que más veces he visitado y a la que más expediciones he realizado, la irresistible e indómita Asia Central, la región del planeta más abrupta y alejada del mar, y también una de las más desconocidas. Precisamente gracias a esa condición, ha llegado intocable y primordial a nuestros días. Y dentro de ella, sin dudarlo, el Karakórum, donde he llevado a cabo más de sesenta expediciones y exploraciones. Sus montañas y sus gentes llevan mucho tiempo ancladas a mi alma.

Filmando las cordilleras americanas, de Alaska a los Andes, tuve la oportunidad de ascender algunas de sus montañas, desde la más

alta, el Aconcagua, hasta las remotas y afiladas de Patagonia y Tierra de Fuego y, más allá aún, de la Antártida, sin olvidar los volcanes de Centroamérica, México, Ecuador, Bolivia y Chile. También las más desconocidas regiones polares, de Siberia a la Antártida, Groenlandia o Georgias del Sur. Sin dejar de mencionar, desde luego, las montañas en las que, definitivamente, me hice montañero: la sierra de Guadarrama, Picos de Europa, Pirineos, Sierra Nevada, el Teide y los Alpes. Y muchas más que descubrí en otros viajes —aunque estuviesen a desmano—, como el Elbrus (5.642 m), la más alta del Cáucaso y, por lo tanto, de Europa, y otras, quizás más interesantes, como el Kazbek (5.047 m), la montaña donde, según la leyenda, Zeus encadenó a Prometeo por devolver el fuego a los humanos.

Inolvidables fueron las montañas y volcanes de Nueva Zelanda y las dos imponentes cordilleras de Irán, los Zagros y los Elburz (o Alborz), que acogen más de cien elevaciones que superan los cuatro mil metros de altitud, entre ellas el volcán Damavand (5.610 m) —que salva casi seis mil metros de desnivel con el cercano mar Caspio— y las montañas de Líbano, Jordania y Siria. También pude hacer un hueco para escalar algunas smontañas africanas, como la más alta del continente, el volcán Kilimanjaro (5.895 m), que compartí con mi buen amigo Juanjo San Sebastián. Y la cima más alta del norte de África, el Toubkal (4.167 m), en el Atlas marroquí, al otro lado del Estrecho, con el buen amigo Bernabé Aguirre. Permanece imborrable en mi memoria la extraordinaria ascensión que hice al pico Margarita (5.109 m), atravesando la selva del Ruwenzori mientras seguíamos las huellas de Luis Saboya, uno de esos exploradores imprescindibles en mi bagaje cultural y sen-

timental. Aunque hice cumbre con un tiempo detestable, iba acompañado de mi hijo y dos buenos amigos, como Simón y Laura. Compartir las ascensiones con gente a la que quieres las hace tan especiales como las propias cimas. También evoco pequeñas rarezas, que siempre merecen la pena, en paraísos tan lejanos y perdidos como el cerro de las Minas (2.870 m), la montaña más alta de Honduras, el Pitón de las Nieves (3.070 m), el volcán más alto de la isla Reunión, o el Jebel Shams (2.985 m), la cumbre más elevada de Omán que, al lado del desierto arábigo, se alza sobre un cañón tan escarpado como el valle de Ordesa.

Pero este no es un libro para hacer recuento de penalidades, ascensiones y paisajes sino, más bien, un viaje interior, historias de montañas enlazadas con amistades, emociones, antiguas

tragedias y renovadas alegrías. Tal y como sucede en la vida. También de experiencias compartidas en paisajes rigurosos e implacables con el aventurero, como los describieron algunos tan singulares como el mercader veneciano Marco Polo, el explorador Diego de Ordaz, el jesuita portugués Antonio Andrade, Luis de Saboya o los alpinistas románticos británicos de principios del siglo xx. Por ello, a veces, tampoco he renunciado a exponer una breve visión política, etnográfica y geográfica, en definitiva, curiosa, pues el verdadero viajero siempre está interesado en conocer el lugar que visita y las gentes que lo pueblan y comprender el sentido del viaje.

En este ejercicio de recuerdos y reflexión no siempre ha sido fácil rememorar, es decir, revivir: volver a vivir. Sin duda me siento afortunado por haber tenido el privilegio de sobrevivir a las



Marcha de aproximación
a las montañas del
Ruwendzori.

experiencias que aquí se relatan. Pero también he vuelto a ver y hablar, interiormente, a veces de forma intensa, con algunos de los amigos que compartieron estas aventuras y se quedaron en el camino. No solo he vuelto a sentir el dolor de su pérdida sino también el recuerdo de la ausencia que dejaron en mi vida, como testigos del paso de aquel tiempo irreplicable en el que nos embriagamos de aventura.

También, generalmente siguiendo sus huellas, recordaré a personajes legendarios —aunque en ocasiones no hayan merecido ni una sola línea en las crónicas oficiales (o precisamente por ello) ni obtenido reconocimiento en los libros de historia— que a nosotros nos sirvieron de referencia, como Juan Ladrillero, José de Acosta, Edward Wilson, Tom Crean, Sarmiento de Gamboa y —mis favoritos— Ruth y Georges Mallory o los veteranos de Alejandro. Hombres

y mujeres cuyo coraje y talento siempre fueron un referente y un apoyo en el que auparnos para poder mirar el horizonte y tratar de llegar más lejos. Ellos nos ayudaron a ensanchar los límites del conocimiento humano y, lo que es más importante, a buscar los nuestros propios e interrogarnos sobre nosotros mismos. Al seguir sus huellas, compartimos las mismas emociones y sentimientos que embargaron a los exploradores románticos un siglo atrás, cuando la aventura unía alpinismo y exploración y siempre estaba preñada de incertidumbre y riesgo; aunque ahora, observando episodios despreciables en algunas de esas montañas convertidas en símbolos, nos confirman que todo, incluso lo que más apreciamos, puede trivializarse. Así que me quedo con aquel tiempo de plenitud, repleto de vivencias irrepitibles, a veces terribles, pero siempre extraordinarias.



El monte Scott, en memoria del explorador británico, es un balcón privilegiado sobre el mar.

Con la cámara
de cine en el K2,
en el verano de 2004.



A mediados del siglo xx, algún geógrafo razonaba que la europea era una geografía «domesticada» mientras que la de Asia Central era una geografía «indomable». Por ello las montañas desmesuradas de Asia ocupan, dadas su grandiosidad y belleza, una parte muy importante en estas páginas; también porque estoy convencido de que su magnífica diversidad de paisajes y culturas las hace ideales para satisfacer una característica exclusiva del ser humano, la que nos diferencia del resto de las especies: la sed de aventura alentada por la curiosidad. Allí, siguiendo el consejo de don Quijote, pudimos soñar nuestro sueño imposible y alcanzar la estrella inalcanzable. Muchas veces lo que más me ha conmovido en estas expediciones ha sido el carácter bravío y la nobleza de sus gentes, que parecen acomodarse a sus paisajes agrestes y salvajes, perceptibles en la luz de cada amanecer que allí hemos vivido o en la mirada de cualquier pastún, sherpa o baltí

con los que he compartido todos estos años de expediciones. El Karakórum es el gran referente de todas las montañas que conozco, una tierra levantada del fondo del mar que hoy roza las nubes; hecha a imagen y semejanza de gigantes, transmite el poder abrumador de una naturaleza capaz de avasallar al ser humano. Es la cordillera que simboliza como ninguna otra todas las grandes montañas del mundo y a la que mejor le es aplicable la frase que escribió Barry López:

La Tierra se vuelve inmensa, llena de vida como un animal, da una lección de humildad al hombre de una forma que no puede expresarse. La Tierra no solo es bella, sino también poderosa. Su fuerza deriva de la tensión entre su belleza visible y su capacidad para quitarnos la vida.

Espero que lo disfruten.



LA MONTAÑA ESCONDIDA

Hidden Peak (8.068 m)

Karakórum. Pakistán

Javier Alonso,
en 1981, abriendo
una ruta nueva
en la pared
del Hidden Peak.

El año 1981 fue crítico en mi vida. Fue el año en que nació mi hijo. El año en que dejé de trabajar en los estudios de los servicios informativos para conocer las montañas más altas de la Tierra. Y, en ellas, estuve a punto de morir; fue la primera vez de un total de siete.

Y también sería un año fundamental en la historia contemporánea de nuestro país, ya que el recién estrenado sistema democrático se tambaleó en febrero de 1981. El gobierno de Adolfo Suárez acumulaba todo tipo de problemas en materia económica: inflación, paro, conflictos laborales. Pero el mayor peligro para la estabilidad democrática era el terrorismo. En 1980 se perpetraron cerca de cuatrocientos atentados terroristas con un saldo de ciento treinta y dos muertos, cien heridos y veinte secuestros. Al insoportable dolor provocado por esos atentados terroristas se unía el constante ruido de sables en los cuarteles; todo parecía empujar a España al borde

del abismo. La entrada de Tejero en el Congreso de los Diputados —que yo viví en persona desde los estudios de informativos con el corazón en un puño— y el posterior fracaso del golpe de Estado constituyeron un hito del que deriva nuestra historia actual.

Fue el momento, casualmente, en que tomaría una decisión trascendental que cambiaría mi vida para siempre. Por aquellos días me ofrecieron filmar una expedición al Karakórum, una invitación que entrañaba un riesgo considerable en todos los sentidos. De entrada, no era una invitación, sino una arriesgada oportunidad, pues yo tendría que pagar buena parte de la expedición. Era periodista y formaba parte de los servicios informativos, por lo que era razonable pensar que, en poco tiempo, podría trabajar en la redacción de un telediario. Carmen, mi mujer, estaba embarazada, y no parecía el mejor momento para perderme tres meses

en una aventura cuyo resultado se antojaba tan incierto y peligroso como señalaba la definición del diccionario. Y sin embargo eso fue lo que hice. Como bien dijo Pascal, «hay razones del corazón que la razón ignora».

Junto con cuatro compañeros: Antonio, Manolo, Carlos y Javier, viajé al Karakórum, el macizo montañoso más impresionante de la Tierra, enclavado en el extremo norte de Pakistán, dispuesto a escalar dos montañas de más de ocho mil metros. Mi labor sería filmar y documentar todo lo que nos ocurriese. No podía suponer que aquel viaje sería el inicio de una larga, accidentada y apasionada historia de amor con uno de los paisajes más salvajes de la Tierra.

El 1 de junio ponía por primera vez los pies en Pakistán. Apenas conocía nada de la realidad de este país ni de sus características religiosas, políticas y sociales; menos aún de Asia Central, una región más amplia que engloba una gran variedad de países y etnias y que posee una gran importancia geoestratégica; tan cambiante y conflictiva que ha sido llamada «una fábrica de naciones». Pero el día que llegamos a Islamabad, su capital, teníamos preocupaciones más urgentes. De momento, bajo un calor sofocante, contemplábamos con asombro y estupor cuanto veíamos alrededor. Debíamos encontrar una montaña escondida, el Hidden Peak, en el lugar más remoto, justo en la frontera con China. Lle-

Caminata en el glaciar de Baltoro, uno de los más bellos de la Tierra; al fondo el grupo del Trango.





Los bazares de Rawalpindi muestran el auténtico Pakistán: una tierra diversa de paisajes, culturas y etnias.

gar de la civilizada Europa a uno de los países más pobres de la Tierra fue un choque emocional y cultural tan intenso que, aún hoy, no lo he olvidado. Busco en mis diarios para encontrar lo que sentía: «la miseria está presente en todo lo que nos rodea, los niños viven entre cloacas y basureros; no existen comercios, solo bazares sucios y malolientes se suceden. Las vacas conviven con las personas. Un viejo en cuclillas, con arrugas roturadas por una implacable vida y el sol, vende plátanos partidos por la mitad atraídos por una legión de moscas. Nos mira como extraterrestres. Igual que nosotros a él».

LA CIUDAD DEL ISLAM

Aquellos once días que pasamos en Rawalpindi resultaron una experiencia abrumadora que por momentos llegó a desbordarnos. No solo veíamos miseria, sino también diferencias ideológicas, religiosas o económicas insalvables, una discordia esencial con todo lo que conocíamos hasta entonces.

Caminando por los bazares de Rawalpindi, comprendí que lo más importante era adaptarse a su cadencia, al ritmo de Asia. Ese fue el primero de los muchos errores que cometimos aquel verano en Pakistán: seguir aplicando nuestras prisas y lógicas aristotélicas, olvidando que ya no estábamos en Europa, lo que nos acarrió no pocas frustraciones. Hasta que un buen día —hartos de ir al aeropuerto a discutir con los aduaneros para recoger el material de la expedición— decidimos ajustar nuestros relojes —el de la muñeca y el de la cabeza— al ritmo asiático y relajamos la espera paseando por las callejas del Raja Bazar. Los colores y los olores de los puestos de comida y telas asaltaron nuestros sentidos y los saturaron, tal vez para siempre, de la esencia de Pakistán, «el país de los puros», una nación cimentada casi exclusivamente por el islam. Entonces tuve tiempo de hablar tranquilamente con Jawed Saukad (el oficial del ejército que nos había asignado el Ministerio de Turismo de Pakistán), quien nos dio su visión sobre la situación militar de la zona mientras regateábamos y comprábamos las últimas cosas que nos faltaban.

El Hidden Peak,
o Gasherbrum I,
desde el campo base.



Aquel verano continuaban los enfrentamientos por la disputa de Cachemira, uno de los numerosos problemas coloniales que los británicos —expertos en dejar situaciones envenenadas donde estuvieron— generaron tras su retirada de la India y el trauma irreparable de la partición. El líder musulmán Ali Jinnah, padre del moderno Pakistán, prometió a Gandhi que habría un baño de sangre en la India si los musulmanes no lograban un país independiente cuando se arriara la Union Jack. Aunque Gandhi llegó a ofrecerle la presidencia del nuevo país, la obstinación de Ali Jinnah lograría una nueva república islámica, y desde 1947 una sólida frontera separa a musulmanes e hindúes. Pero, como ha demostrado tantas veces la historia, a pesar de acceder a las peticiones del intransigente político, aquella partición de la India causó millones de desplazados, miles de muertes y un conflicto armado que se extiende hasta nuestros días.

En 1981, el flamante dictador Zia Ul Hak —que había mandado ahorcar a su predecesor, el presidente Zulfikar Ali Bhutto, dos años an-

tes— dirigía con mano de hierro la marcha del país. Ese mismo general fue quien sacó a la palestra a los pastunes —etnia mayoritaria del norte de Pakistán cuyos miembros eran conocidos como los fieros «guardianes de la frontera»—, que acabarían desempeñando un papel clave en los acontecimientos posteriores. Un año antes los soviéticos acababan de invadir Afganistán y la guerra era observada por los militares pakistaníes con creciente inquietud. En opinión de Jawed, los soviéticos perseguían una salida al océano Índico y Pakistán, en medio, solo podría derrotarlos con su arma más poderosa, a la que deben su existencia como país, el islam. Por fortuna para nosotros, quien nos acompañaba era un militar experto y también un buen hombre que nos ayudaría (adelantando incluso dinero de su bolsillo) a terminar la expedición. Algún día me gustaría volver a encontrarme con él para agradecerle todo lo que hizo por nosotros y, de paso, confesarle que fue él quien alentó mi curiosidad por su país gracias a las charlas que mantuvimos en las largas caminatas por el glaciar del Baltoro.

Aunque aquellos días escuchaba a Jawed con cierto escepticismo, el tiempo se encargaría de darle la razón. Pocos analistas militares concedían alguna posibilidad a aquellos barbudos, armados con chanclas y un kalashnikov, de vencer a las tropas especiales soviéticas. Sin embargo, en muy poco tiempo, en Pakistán comenzarían a proliferar por millares las madrazas, escuelas coránicas devenidas en hervideros de feroces combatientes, los talibanes, que impedirían el dominio soviético de Afganistán y su influencia en la zona. Lo que se libró en aquella zona fue una guerra a la antigua usanza, es decir, cruel y despiadada. Aunque raras veces

las guerras no lo son. Esta estrategia, auspiciada por el gobierno de Pakistán, fue financiada por un conglomerado de enemigos, aparentemente tan irreconciliables como Estados Unidos, Irán y Arabia Saudí. Sin embargo, este apoyo logístico y militar a la resistencia afgana provocaría el auge del integrismo islámico: un error a largo plazo cuyas consecuencias sufriríamos mucho después, cuando aquellos fanáticos religiosos se convirtieron en una amenaza para todo el mundo occidental.

Desde los tiempos de Alejandro hasta nuestros días, todos los imperios que intentaron controlar esa enrucijada de caminos, comerciales y guerreros, fracasaron uno tras otro. Tártaros, mongoles, turcos, árabes, británicos, soviéticos y estadounidenses encabezaron las oleadas sucesivas de una danza guerrera destinada a la destrucción y el fracaso. Nuevamente Asia Central copaba las portadas de los periódicos y la región se transformaba, una vez más, en un violento tablero de ajedrez donde se dirimían las ambiciones de los poderosos.

Todo eso se inició el mismo año en que yo descubrí el Karakórum.

Filmando aquellos primeros días en Rawalpindi, bajo un calor asfixiante debido a los efectos del monzón, llevaba los ojos bien abiertos, fascinado por una realidad tan distinta a la nuestra. Por si acaso, siempre nos acompañaba Jawed con su pistola al cinto, algo que, más que tranquilizarnos, solo conseguía aumentar mis preocupaciones. Después de once largos días, y todavía conmocionados por unas costumbres tan distintas, logramos rescatar nuestras cargas del aeropuerto de Islamabad, que enseguida acomodamos en una pequeña furgoneta en la que luego nos incrustamos nosotros cinco, Jawed y el conductor, para poner rumbo a Skardú, la capital del Baltistán.

La carretera trazada, que sigue el curso del Indo, había sido recientemente terminada y pomposamente bautizada como Karakórum Highway: la «autopista del Karakórum». Su construcción había exigido un enorme tributo en vidas humanas. Centenares de trabajadores,



Los baltíes son los portadores más fuertes y leales que he conocido.

En Urdukas al atardecer,
como ordena el Corán,
un porteador reza mirando
en dirección a La Meca.



chinos y pakistaníes, habían muerto en su construcción, y su mantenimiento exigía el trabajo de miles. Todavía hoy es rara la ocasión en la que se pueden recorrer sus casi setecientos kilómetros sin ningún contratiempo, ya sean aludes de tierra, caídas de piedras o cortes provocados por los monzones, los terremotos o los integristas religiosos del Kohistán. Aquella primavera —como nos había advertido el funcionario del Ministerio de Turismo— el gobierno de Pakistán no nos garantizaba la vida si abandonábamos la carretera, que, en realidad, era una peligrosa pista de tierra. Durante tres días vivimos con el corazón en un puño y los ojos clavados en el abismo que nos separaba del río Indo. Pero, al mismo tiempo, maravillados por una geografía descomunal que nos encogía el corazón, por sus montañas, el gran cañón que

nos acechaba a cada curva sobre el vacío o los camiones que venían de frente ocupando toda la calzada. Fue una experiencia magnífica, aunque a veces también terrible, compartir viaje, charla y comida local picante con los pocos camioneros que comenzaban a transformar esta vía de comunicación en la nueva Ruta de la Seda. Esa carretera terminaría llegando a Kashgar, en el corazón del Xinjiang chino, y pude recorrerla, veintiséis años después, en moto.

Aquel viaje asiático tuvo la virtud de descubrirme por primera vez, y no lo he olvidado desde entonces, que se debe viajar impulsado por la curiosidad, sabiendo que nunca encuentras lo que no llevas dentro. Descubrí un mundo nuevo de montañas y pueblos que no tienen parangón en ninguna otra parte del planeta. Pero también muchas otras cosas, y a muchas